

Este libro pertenece a...

Otros libros de Elizabeth George:

Acaba con tus preocupaciones... ¡para siempre!
Ama a Dios con toda tu mente
Colosenses/Filemón: Descubre la gracia de Dios
Cómo criar a una hija conforme al corazón de Dios
Encuentra la senda de Dios en medio de tus problemas
Ester: Descubre cómo ser una mujer bella y fuerte
Filipenses: Experimenta la paz de Dios
Guía de una mujer para las buenas decisiones
Jardín de la gracia de Dios
Jueces/Rut: Cultiva una vida de integridad
Lecturas devocionales para una madre conforme al corazón de Dios
Lucas: Vive con pasión y propósito
María: Cultiva un corazón humilde
Momentos de gracia para el corazón de la mujer
1 Pedro: Cultiva un espíritu afable y apacible
Promesas poderosas para toda pareja
Proverbios 31: Descubre los tesoros de una mujer virtuosa
Sabiduría de Dios para la vida de la mujer
Santiago: Crece en sabiduría y fe
Sara: Camina en las promesas de Dios
Sigue a Dios con todo tu corazón
Una esposa conforme al corazón de Dios
Una madre conforme al corazón de Dios
Una mujer conforme al corazón de Jesús
Una pareja conforme al corazón de Dios

Guía de
una
Mujer
para las
buenas decisiones

ELIZABETH
GEORGE



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *A Woman's Guide to Making the Right Choices* © 2012 por Elizabeth George y publicado por Harvest House Publishers, Eugene, OR 97402. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Guía de una mujer para las buenas decisiones* © 2014 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Nohra Bernal

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

Todo el texto bíblico sin otra indicación ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Dr. NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1954-6 (rústica)
ISBN 978-0-8254-0763-5 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-8534-3 (epub)

1 2 3 4 5 / 18 17 16 15 14

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

Contenido

1. La vida está llena de decisiones	7
2. Siete pasos para tomar buenas decisiones	20
3. Pon tu día en marcha	35
4. Aviva la llama de tu corazón	51
5. Empieza el día con oración	66
6. Vive más como Jesús	81
7. Aprovecha tu tiempo	96
8. Deja tus preocupaciones	109
9. Elige bien tus amistades	121
10. Cuida tus palabras.....	136
11. Ensancha tu mente.....	151
12. Practica tus prioridades: Primera parte.....	163
13. Practica tus prioridades: Segunda parte	175
14. Cuenta con la dirección de Dios	184
Epílogo: Cómo crear una vida hermosa	194
Guía de estudio	199
Notas	233

La vida está llena de decisiones

*Hay una sola cosa por la que vale la pena preocuparse.
María la ha descubierto, y nadie se la quitará.*

LUCAS 10:42



La pregunta que lanzó mi esposo al llegar del trabajo antes de siquiera cruzar la puerta fue: “¿La recibiste? ¿La recibiste?”.

—¿Recibir qué? —contesté con actitud ingenua mientras dejaba por un momento la preparación de la cena para saludarlo.

—¿Recibiste la carta?

—¿Qué carta? (No estaba segura por cuánto tiempo podía seguir fingiendo que no sabía nada. Después de todo, ese día habíamos recibido más de una carta).

—La carta de la iglesia. Acerca del nuevo ministerio para mujeres.

—Ah, *esa* carta.

—Entonces, ¿qué piensas? ¿Vas a participar? ¿Te inscribiste?

—Bueno... la tiré a la basura. No creo que la enseñanza sea lo mío. Estoy segura de que hay muchas mujeres que podrían enseñar la Biblia mucho mejor que yo. Y tú como pastor debes saber que la Biblia dice que “no muchos deberían llegar

a ser maestros en la iglesia, porque los que enseñamos seremos juzgados de una manera más estricta” (Stg. 3:1).

Pues bien, esta fue más o menos la escena que se vivió en nuestra cocina cuando Jim y yo hablamos acerca de la carta que recibí del consejo de líderes de nuestra iglesia. En ella informaban acerca de la creación de un nuevo ministerio para mujeres y, para empezar, preguntaban si alguna de las esposas de los líderes estaba dispuesta a dirigir un taller optativo.

Jim, que siempre me anima en los términos más positivos, —¡súper positivos!— buscó con cuidado en la basura, sacó la carta y la alisó sobre la mesa. Sonrió mientras me recordaba que yo estudiaba desde hacía diez años los “pasajes rosa” de la Biblia. Su último lanzamiento atravesó mi arco de defensa: “¿No crees que después de todos estos años de estudiar las mujeres de la Biblia tienes algo qué decir sobre el tema?”.

Bueno, en vista de esa confrontación y de la responsabilidad que conlleva, estaba frente a una decisión muy seria. ¿Escogería ceder a mis temores y rechazar esta oportunidad, o preferiría confiar en que Dios me ayudaría de alguna manera en lo que anticipaba sería un sufrimiento?

Pues bien, para concluir la historia, decidí enseñar esa clase sobre las mujeres de la Biblia. Por suerte para mí, solo seis mujeres se inscribieron para este taller. ¡Estaba muy emocionada! Era algo que podía manejar. Durante *días* estuve en la casa diciendo “Gracias, Señor. ¡Muchas gracias, Señor!”. Con mis seis nuevas amigas nos sentamos en círculo y cada semana pasamos un tiempo espectacular. ¡Y seguí dando gracias a Dios por su misericordia!

Luego, cuando llegaba a su fin el semestre del nuevo estudio bíblico para mujeres, recibí otra carta. Al igual que la primera, empezaba con las palabras: “Querida esposa del líder...”. Esta vez, el consejo me pedía a mí, y a otras mujeres que habían enseñado, a orar con respecto a dirigir de nuevo la misma clase. Puesto que ya había elegido enseñar la primera vez, accedí.

Pero esta vez se inscribieron 60 mujeres. Fue algo *totalmente* inesperado. ¿Sesenta mujeres? Eso significaba que en lugar de un ambiente cercano y pequeño, las cosas tenían que ser más formales: un estrado, un micrófono, un salón de clases. Pero yo mordí el anzuelo y logré hacerlo una vez más... ¡o eso creí!

Entonces recibí una tercera carta. “Querida esposa de líder...” (Mientras leía, pensé: *A estas alturas ¿no creen que alguien debería saber nuestros nombres? Después de todo, ¡aquí estamos sirviendo en la iglesia, ayudando a que este ministerio despegue!*). En esta carta, como podrás adivinar, me preguntaban si estaba dispuesta a enseñar mi clase optativa por tercera vez para dar otra oportunidad a las mujeres que no habían podido tomarla.

Pues bien, yo sabía que era improbable que más de 60 mujeres se inscribieran para la clase, de modo que acepté. Antes de contarte lo que sucedió, debes saber que Jim y yo pertenecíamos a una iglesia de 10.000 miembros. Resultó que 600 mujeres se presentaron para ese curso, así que tuve que trasladar mi grupo al auditorio de la iglesia. ¿Qué puedo decir? ¡Que me alegra que Dios sea fiel y no nos dé más de lo que podemos manejar! (1 Co. 10:13). ¡Vaya!

El punto de todo esto no es el tamaño de la clase o el número de personas. Más bien lo que quiero decir es que tomé la decisión de lanzarme en fe, de confiar en Dios, de dejar a un lado mis propios intereses y temores, y más bien concentrarme en otros. Y Dios honró esta elección. Esa sola decisión tomada a regañadientes por una reticente sierva del Señor, llegó a convertirse en el lanzamiento de mi ministerio de enseñanza y escritura. ¿Quién iba a imaginarlo? ¡Yo menos que nadie!

Tu vida está llena de decisiones

Ahora quizás pienses: *¡Me alegra no tener que tomar esa clase de decisiones! ¡Enseñar la Biblia definitivamente no es mi don!*

Pero ¿qué opinas de la decisión de cómo educar a tus hijos, si en casa, en una escuela cristiana privada o en la escuela pública? ¿O la de organizar el cuidado de un padre con demencia, si hacerlo en casa, donde un hermano o en un hogar de ancianos? La lista de decisiones que debes tomar sigue y no termina. Y con frecuencia parece que las decisiones que necesitas tomar golpean a tu puerta, ¡y ni siquiera te has levantado de la cama!

Antes de empezar a precisar algunas pautas para tomar buenas decisiones, tú ya sabes que la vida está llena de ellas. De hecho, ¡tuviste que tomar una decisión para empezar a leer este libro sobre tomar decisiones! Así que el asunto no es el simple acto de tomar decisiones, sino más bien aprender a tomar no buenas, ni mejores decisiones, sino las mejores decisiones.

He aquí algunas ideas tocantes a la naturaleza de la toma de decisiones que nos ayudarán a empezar:

Las decisiones siempre acarrean consecuencias. Hace poco, mi esposo leía un libro titulado *Cómo arruinar tu vida a los 40*, de Steve Farrar.¹ En el primer capítulo nos presenta a Jane, una mujer de 18 años que acaba de perder a su marido, no tiene apoyo de ninguna clase, y es madre de dos niños pequeños. Desamparada, se dirige a un acantilado sobre un lago con el firme propósito de saltar desde allí y acabar con su vida.

La historia seguía relatando cómo la atención de esta joven desconsolada se desvió hacia algún suceso al otro lado del lago. Con esta pausa de sus oscuros pensamientos, eligió dar la vuelta, abandonar el lugar, y volver a casa. Ahora bien, nada había cambiado. Su vida todavía parecía un caso perdido. Pero semanas después de su experiencia en el lago, Jane puso su fe en Cristo. Más adelante conoció al capitán John Guinness y se casó con él, y el tataranieto de ellos es Os Guinness, un cristiano reconocido en el campo de la apologética y autor de más de 20 libros.

Así concluye Farrar esta historia de Jane Guinness:

Ella [Jane] tenía que tomar una decisión, que acarrearía consecuencias.

Este concepto se conoce como causa y efecto.

Una mala decisión podría haber arruinado su vida y su futuro. Una mala elección hubiera arruinado la infancia de sus pequeños hijos.

Sin embargo, a sus dieciocho años, tomó la decisión correcta. Y hasta el día de hoy, más de doscientos años después, su familia agradece que lo haya hecho.

Las decisiones que estás tomando en tu vida son igual de trascendentales.²

No todas las decisiones tienen el mismo peso. Obviamente, la decisión que tomó Jane fue crítica. Fue una decisión de vida o muerte. Muchas decisiones que tomas son más cotidianas, como qué vas a vestir en una fiesta o reunión, o qué cereal comer en el desayuno. Sin embargo, de vez en cuando te hallas frente a algunas decisiones serias que podrían dar un vuelco a la vida, tales como la elección de una carrera, o la de casarse o no. Puesto que es imposible saber con antelación cómo una decisión crucial que tomas en un día afectará el resto de tu vida, deseas asegurarte de manejar cada decisión con cuidado, y de pedir a Dios sabiduría y dirección.

Las decisiones son automáticas. Postergar tu visita al médico para consultar acerca de tu dolor crónico es una decisión. Temes lo que ese dolor pueda significar, de modo que pospones la llamada. Esperar para tomar una decisión no es siempre malo, pero en este caso la demora puede significar la diferencia entre la vida y la muerte. Cuando nos sentimos incómodas

con respecto a una decisión, a veces tardamos en hacer lo que es correcto, justo, apropiado o edificante, como por ejemplo pedir perdón.

En otras ocasiones, simplemente tardamos por pereza o porque desestimamos la importancia de un asunto, o porque nos parece que exige demasiado tiempo. Piensa en la sencilla decisión de leer tu Biblia. Quizá digas: “No tengo tiempo para leer mi Biblia”. Entonces no lo haces. Pero en realidad, si fueras franca contigo misma, reconocerías que en realidad estás diciendo: “Decido no leer mi Biblia”.

Las decisiones tienen solo dos resultados posibles. Las decisiones son buenas o malas. Correctas o incorrectas. Y una decisión medianamente mala sigue siendo mala.

Mi ejemplo predilecto es: “Lo haré después”. Aunque yo tenga las mejores intenciones de hacer lo correcto y de tomar la decisión correcta, lo que suele suceder es que mi decisión parcialmente mala de postergar algo se convierte en una decisión totalmente mala cuando al final ni siquiera intento hacerlo.

Admitir que hay solo dos resultados ayuda a que el proceso de toma de decisiones sea más claro para ti. Cuando enfrentas una decisión, puedes hacerlo o no de inmediato. Pero si sabes que se trata de algo extremadamente importante que compromete el bien de otros, debes hacerlo de inmediato.

Las decisiones se toman muchas veces bajo la influencia de otros. No puedes negar el hecho de que tus decisiones están constantemente bajo la influencia de algo o de alguien: tu ambiente, tu cultura, tu familia, tus amigos, tus temores, tu orgullo, tu codicia. Todas esas fuerzas externas pesan considerablemente sobre tu vida.

¿Cuál es la solución de Dios? Rodéate de personas que ejer-

zan una influencia positiva en ti. De otra manera, se cumplirá y prevalecerá lo que observó el apóstol Pablo: “No se dejen engañar... ‘las malas compañías corrompen el buen carácter’” (1 Co. 15:33).

Las decisiones bien tomadas precisan planificación. El libro de Proverbios advierte repetidamente contra tomar decisiones apresuradas, y llama “necios” a quienes se apresuran al mal (Pr. 13:16).

¿Qué puedes hacer? Dilata tus decisiones tanto como puedes. Esto te ayudará a aproximarte a la decisión correcta según el tiempo que dispongas para orar, buscar dirección en la Palabra, y escuchar el consejo sabio.

Las decisiones tomadas correctamente te pondrán en el centro de la voluntad de Dios. La voluntad perfecta de Dios siempre viene con las buenas decisiones. Por esta razón es tan importante estudiar la Palabra de Dios, orar, y buscar consejo sabio. “Siempre siguieron mis instrucciones... Esfuércense por demostrar los resultados de su salvación obedeciendo a Dios con profunda reverencia y temor. Pues Dios trabaja en ustedes y les da el deseo y el poder para que hagan lo que a él le agrada” (Fil. 2:12-13).

*Otros aspectos a tener en cuenta
en la toma de decisiones:*

- Las decisiones atractivas conducen a menudo al pecado.
- Las buenas decisiones tienen resultados positivos a largo plazo.
- A veces es difícil tomar buenas decisiones.³

Mira las decisiones a través de un espejo retrovisor

Concentrémonos por un momento. Ya he dicho que las decisiones siempre acarrean consecuencias. En mi caso, cuando me ofrecí como voluntaria para enseñar mi primera clase, la consecuencia fue tener que estudiar, prepararme y pararme delante de todas esas mujeres, y orar como desesperada con cada respiro para que mi mente y mi boca funcionaran y mis piernas no flaquearan. Al principio fue una consecuencia aterradora, pero con el tiempo, y con la ayuda del Señor, adquirí experiencia invaluable, y aprendí a manejar mejor las exigencias y mis propios temores.

Tal vez hayas asistido a un retiro para mujeres o a un estudio bíblico donde se ha dedicado tiempo para conversar acerca de las decisiones que cada una ha tomado en el pasado. En un sentido, es como si miraran su pasado a través de un espejo retrovisor y rememoraran todo lo que les sucedió entonces.

Pues bien, todo lo que puedo decir es: “Alabado sea el Señor que ha obrado tanta sanidad en las vidas de esas preciosas mujeres. Gracias a Dios que ya no viven en su pasado”. Sin embargo, al mismo tiempo todavía pueden ver, recordar, sentir y revivir las consecuencias de sus acciones. A veces en sus conversaciones incluyen frases como...

- Me extravié del camino...
- Me convertí en una hija pródiga...
- Me alejé del Señor...
- Me enredé en el pecado...
- Perdí mi primer amor...
- Me aparté de la verdad...
- Tomé malas decisiones...
- Perdí los estribos...
- Me rodeé de las personas equivocadas...

Después de escuchar historias en este tipo de reuniones, tal vez te hayas hecho preguntas como: *¿Qué sucedió? ¿Cómo pudo extraviarse del camino, perder su primer amor por Jesús, apartarse de la verdad, perder los estribos, o rodearse de las personas equivocadas?*

Pues bien, las dos sabemos qué pasó, ¿no es así? De alguna manera, en algún momento, por alguna razón, se tomó una mala decisión. Quizá fue solo una pequeña mentira, un leve desinterés en lo que es correcto, una ligera alteración de una norma. Y así, poco a poco, estas decisiones pequeñas pero erradas se volvieron más grandes y más fáciles... hasta que un día una mujer se da cuenta de que su vida es un desastre.

Mujeres de la Biblia y sus decisiones

No sé tú, pero a mí me consuela y me da mucha seguridad saber que la Biblia siempre tiene relevancia para mis desafíos como mujer. Está llena, y rebosa, de sabiduría de Dios y de dirección garantizada al cien por ciento. Y es infalible para ayudarnos en las muchas decisiones que tú y yo enfrentamos hoy. ¡Esto es a lo que me refiero!

Eva tomó una decisión. Desde el principio de la historia bíblica, Eva, la madre de todas las mujeres, enfrentó una decisión. Tal vez conozcas esta parte de la historia de Eva, la primera mujer sobre la tierra y la esposa de Adán (ver Gn. 3:1-6). El diablo tentó a esta mujer a tomar la decisión de seguir su deseo y comer un fruto apetitoso y hermoso, porque hacerlo le daría inteligencia. Tomar dicha decisión equivalía a decidir desobedecer a Dios, quien había prohibido a Adán y a Eva comer de ese fruto específico.

Pues bien, el mundo entero todavía paga las consecuencias de la mala decisión de Eva. ¡Ella comió! Nunca pensó en Dios.

Nunca pensó en su esposo. Nunca pensó en las consecuencias que siguen presentes desde el principio de la historia. Nunca pensó en cómo esto arruinaría su futura descendencia. Eva solo pensó en lo que ella quería, y comió.

La esposa de Lot tomó una decisión. Para empezar, hablemos de su esposo Lot. ¡Vaya! Él decidió, sí, decidió mudarse con su familia y todas sus posesiones al verde valle de Sodoma y Gomorra, que resultaron ser las dos ciudades más malvadas de su época (Gn. 13:10-11).

El resultado lamentable del coqueteo de Lot con el mundo vino cuando Dios envió dos ángeles para salvarlo a él y a su familia antes de destruir a estas ciudades de maldad y a sus habitantes. Los ángeles advirtieron claramente a Lot y a su esposa que no miraran hacia atrás a la ciudad. Eso es bastante claro, ¿no? Sin embargo, fue evidente que la seducción del “estilo de vida de la gran ciudad” fue demasiado para la señora de Lot y ella miró hacia atrás. Deliberadamente tomó la mala decisión que le costó su vida, y quedó convertida de inmediato en una estatua de sal (Gn. 19:26).

María tomó una decisión. ¿Puedes recordar cuán necia eras en tus años de adolescencia, cuando tenías 15 años? Pues bien, no vemos a María en esa situación en Lucas 1:26-38. Cuando el ángel Gabriel se le apareció y le habló de la oportunidad de convertirse en la madre humana del Hijo de Dios, ella pudo negarse. Como sabes, ella estaba prometida para casarse con un hombre maravilloso llamado José. Ella sabía que aceptar la voluntad de Dios para su vida significaría la disolución inmediata de su compromiso.

¿Qué hizo María? Eligió confiar en Dios. Y me encantan sus palabras en el discurso de aceptación: “Soy la sierva del Señor. Que se cumpla todo lo que has dicho acerca de mí” (v. 38).

Otra María tomó una decisión. ¿Cuál es el huésped más notable que has tenido en casa para cenar? Pues bien, imagina el revuelo que produjo la visita de Jesús y sus discípulos cuando llegaron a cenar a la casa de Lázaro, María y Marta (Lc. 10:38-42). Marta se puso en marcha de inmediato y se dispuso a preparar la comida para sus notables invitados. En cierto momento, Marta se enojó. Sin pensarlo, se quejó ante Jesús porque María, su hermana y ayudante, estaba sentada a los pies de Él para escuchar sus enseñanzas en lugar de colaborar en el servicio.

Por supuesto que los preparativos para la cena eran necesarios. ¡Y 12 invitados llenan una casa! Pero así evaluó Jesús la decisión de María de dejar a un lado sus ocupaciones en el servicio para sentarse a sus pies y escucharlo: “Hay una sola cosa por la que vale la pena preocuparse. María la ha descubierto, y nadie se la quitará” (v. 42). Es como si Jesús dijera: “Mira, Marta, tienes toda una vida para preparar y servir comida, pero hoy me tienes a mí. No reprendas a tu hermana. María ha tomado la mejor decisión”. (Y aunque no está en el pasaje bíblico, me gusta imaginar que tal vez Jesús se hizo a un lado para ofrecer a Marta un lugar para sentarse a su lado).

Es tu decisión

Estoy segura de que ya sabes que tus acciones son un asunto de decisiones. También sabes que algunas decisiones son tomadas por otros porque están fuera de tu control. No tienes control sobre asuntos como tu horario de trabajo, los horarios del bus escolar o de las reuniones de la iglesia.

Ya sabes de qué hablo.

Sin embargo, cada nuevo día trae múltiples decisiones que te corresponde tomar, ¡a una velocidad de casi una por minuto! Y estas decisiones, amiga mía, son asunto de tu voluntad.

Tienes que decidir lo que harás y lo que no, cómo actuarás o cómo no. Tienes que tomar decisiones, lo cual significa que no puedes culpar a otros de las consecuencias. Espero que, si no estás lista para tomar decisiones buenas, mejores o las mejores, nuestro tiempo juntas te ayude a aprender a elegir sabiamente.

Algo más antes de empezar: tú no puedes deshacer una mala decisión o cualquiera de sus consecuencias indeseadas. Pero sí puedes *decidir que aprenderás* de cada mala decisión. Puedes *registrar* esas malas decisiones y *dejarlas* atrás. Con esa experiencia, y con la ayuda de Dios, te irá mejor la próxima vez. ¡Tomarás una mejor decisión!

Sin embargo, cualquiera que sea la situación, nuestro maravilloso Dios quiere intervenir y ayudarte a recoger los pedazos de tu vida y juntarlos de nuevo con la salvación y la gracia que recibes cuando aceptas a Jesús como Salvador y andas en su Espíritu. Ningún suceso pasado de tu vida escapa de las manos amorosas del Dios de todo consuelo, de toda gracia, de toda sanidad, y especialmente el Dios que te ama incondicionalmente, sin importar cuál sea tu pasado ni tus malas decisiones. ¡Cuán grande es el Dios que tienes y a quien sirves!

Pautas de Dios para tomar buenas decisiones

Las pautas siguientes te ayudarán a avanzar en tu día, confiada en que estás buscando tomar buenas decisiones.

- ~ *Considera cada día como importante.* “Enséñanos a entender la brevedad de la vida, para que crezcamos en sabiduría” (Sal. 90:12).
- ~ *Reconoce que necesitas sabiduría, ¡y pídelas!* “Si necesitan sabiduría, pídansela a nuestro generoso Dios, y él se la dará; no los reprenderá por pedirla” (Stg. 1:5).
- ~ *Cultiva un profundo respeto por Dios.* “El temor del Señor es la base de la sabiduría. Conocer al Santo da por resultado el buen juicio” (Pr. 9:10).
- ~ *Mantén una relación vital con Jesús.* “... y le pido a Dios, el glorioso Padre de nuestro Señor Jesucristo, que les dé sabiduría espiritual y percepción, para que crezcan en el conocimiento de Dios” (Ef. 1:17).
- ~ *Disponte a pagar el precio que sea por la verdad.* “Adquiere la verdad y nunca la vendas; consigue también sabiduría, disciplina y buen juicio” (Pr. 23:23).

Siete pasos para tomar buenas decisiones

La mujer sabia edifica su hogar, pero la necia con sus propias manos lo destruye.

PROVERBIOS 14:1



¡Oh, la vida de un escritor! Empiezas un libro de cierta manera... y justo antes de plasmarlo en el papel, descubres que tienes que hacer un cambio muy grande.

Eso es precisamente lo que me sucedió cuando escribía este libro. Mi gran plan al principio era concluir esta *Guía de una mujer para las buenas decisiones* con un capítulo titulado “Siete pasos hacia la sabiduría”. Son siete estrategias que me han ayudado a tomar buenas decisiones. Sin embargo, mientras tecleaba en mi computadora consciente de que postergaba así la exposición de esta increíble lista que puede transformar y salvar vidas, comprendí que había elegido mal o, según el título de este libro, había tomado una mala *decisión*. Tenía una buena decisión frente a mí, la cual era darle preferencia a los “Siete pasos de sabiduría”. Como ves, estas siete estrategias son una lista corta, tal vez incluso un atajo, para tomar buenas decisiones.

También sé (por experiencia personal) que no todas las personas terminan un libro o leen hasta el último capítulo. De modo que decidí, o elegí, presentarte la lista desde ya. Y

ahora te la presento con una oración para que, a partir de hoy, la pongas en práctica en cada decisión que debas tomar.

¿De dónde salió esta lista? La creé durante mi primera década como cristiana mientras estudiaba, una y otra vez, a lo largo de mi maravillosa Biblia, el libro que encierra todas las respuestas a todas nuestras preguntas y a todos nuestros problemas; el libro que contiene la sabiduría de Dios concerniente a todas las instrucciones y la información que necesitamos para tomar decisiones, buenas decisiones. Estas siete estrategias tomadas de las Escrituras nos conducen al logro de la sabiduría (o al menos nos acercan a ella). Dicho de otra manera, nos dirigen y nos ayudan a tomar buenas decisiones.

Auxilio en tu viaje por la vida

Conforme a mi experiencia, puedo asegurarte que estos siete pasos de sabiduría te ayudarán en tu toma de decisiones en la vida. A mí me han ayudado a ser una esposa firme que ayuda a mi esposo Jim a lo largo de las diferentes transiciones en su carrera como farmacéutico, empleado de una compañía, estudiante de seminario, pastor y profesor de seminario, y misionero, así como autor y conferencista, y actualmente sirviendo como pastor asociado en la iglesia de la que somos miembros.

Estos principios también me han ayudado en la crianza de mis dos hijas. Como madre de dos niñas con 13 meses de diferencia de edad, cada minuto de cada día era un desafío, ¡o 50! Y ahí estaba, recordando seguir estos pasos de sabiduría. Hoy mis hijas están casadas con dos esposos laboriosos, responsables y padres que proveen para su casa, y son madres de ocho hijos en total.

Estos pasos de sabiduría también me han ayudado a ser la clase de hija que Dios quiere para mis padres, y aunque he

estado extremadamente ocupada con mi casa y mi propia familia, he podido ocuparme de ellos en sus años de vejez, con sus dolencias en sus últimos años y días de vida.

Al igual que tú, yo he tenido que tomar decisiones difíciles y complejas acerca de los asuntos de la vida cotidiana, y todavía es así. La gran variedad de incidentes que he enfrentado incluyen casi cualquier clase de prueba, emergencia, sorpresa y tragedia. Y estos siete pasos me han ayudado en cada paso del camino, en cada decisión, a lo largo de los años.

Entonces, ¿estás lista? Si es así, ¡aquí vamos!

~ Siete pasos de sabiduría ~

Paso 1: ¡Detente!

Imagina esto. Estás feliz viviendo tu día. Todo va bien hasta ahora. Por un momento, todo va “viento en popa”. Tal vez pienses: *¡Vaya, mírenme! ¡Miren cómo navego! Ni un solo tropiezo. ¡La vida es maravillosa!*

Y entonces... todo se derrumba. Suena el teléfono. Llega el correo. Toca a la puerta un vecino. Los niños llegan de la escuela, o tu esposo del trabajo. Y todo, toda esa paz, ese orden, ese bienestar y control que te permiten navegar por un día perfecto, se echa a perder. Es como si de la nada alguien disparara un torpedo en tu lindo botecito. Quedas desconcertada, o te sientes ofendida, atacada, totalmente sorprendida o pasmada. Sientes que tu vida se desmorona.

¿Cuál es por lo general la respuesta de la mayoría de las personas en estos casos? En una palabra, *reaccionan*. Tu inclinación natural es reaccionar, contestar, devolver el golpe, explotar, llorar, desmoronarte, dejar caer tus brazos y rendirte. Tu orgullo queda herido. Puede que incluso quedes herida físicamente. O se vulneran tus sentimientos. Estás confundida.

Pues bien, en ese preciso momento, en esa coyuntura, tu primera decisión tiene que ser detenerte. Me lo imagino como un frenazo en seco. Simplemente presiona el freno en tus emociones, en tu boca, en tus acciones. *¡Detente simplemente!* Y cabe decir, *¡detente rápido!*

¿Por qué? Porque el camino más seguro para tomar una mala decisión es apresurarse antes de pensar; no detenerse para pensar antes de actuar; tomar una decisión rápida, instantánea o emocional sin cerciorarte de conocer la forma correcta de manejar una situación, o antes de determinar cuál es la decisión correcta en ese caso.

Puedes verlo en tu Biblia: “la *prisa* produce errores” (Pr. 19:2). También puedes leer que “la boca de los perversos rebosa de palabras malvadas”, mientras que “el corazón del justo piensa bien antes de hablar”, y “de una mente sabia provienen palabras sabias; las palabras de los sabios son persuasivas” (Pr. 15:28; 16:23).

Si te *detienes* antes de hablar, aplicas uno de mis proverbios favoritos: “Hasta los necios pasan por sabios si permanecen callados; parecen inteligentes cuando mantienen la boca cerrada” (Pr. 17:28). Dicho de otra manera, más vale detenerse y mantener la boca cerrada, y ser considerada como una mujer sabia y entendida, que abrirla y demostrar que eres necia. Repito, solo *detente*.

¡El fracaso puede sobrevenir con una rapidez asombrosa! Es como un rayo. Todo anda bien un minuto, y el siguiente trae el caos y la devastación. Nada más fallar en detenerte antes de actuar e intervenir, antes de moverte y hablar, y ya te habrás desviado del camino. Has fallado.

Claro, hay algunas decisiones que deben tomarse de manera inmediata. Pero aun si tu casa se está incendiando, si sucede un terrible accidente o una emergencia médica, o el bebé va a nacer *ya mismo*, puedes detenerte por una fracción de segundo, tomar

aire, sopesar algunas opciones, y lanzar un “¡Ayúdame, Señor!”. Esa pausa de una fracción de segundo te puede ayudar a trazar un plan mientras te alistas para manejar una crisis.

Así que detente. Ese es el primer paso. *Entonces* puedes empezar a mirar y escuchar. Entonces puedes buscar ayuda. Entonces puedes buscar soluciones. Y solo entonces puedes atender el consejo sabio de otros, y lo que es más, escuchar la suave y delicada voz de Dios que te guía y te instruye acerca de cómo sortear este problema a su manera.

Paso 2: Espera

Detenerse y esperar pueden mezclarse porque se entrelazan de forma natural. Una vez que te detienes antes de *actuar*, ganas tiempo para empezar el proceso de decidir qué *hacer...* o qué *no hacer*. Esperar antes de actuar o reaccionar también te da tiempo para tomar una verdadera decisión.

Sé que con frecuencia la espera me ha dado la oportunidad de optar por no hacer nada. En otras ocasiones, esperar me ha dado tiempo para meditar concienzudamente. Cuando alguien me dice algo hiriente y ofensivo, detenerme y no actuar me ayuda a no contraatacar. No guardo rencor contra esa persona. No la regaño ni la sermoneo. Y el resultado final es que no cometo errores. No “meto la pata”. No me enredo en mis emociones ni caigo en pecado.

Si tan solo espero en una situación determinada, gano tiempo para, más adelante o tal vez en el auto, al llegar a casa o al distanciarme de la situación, poder pensar en lo que pudo motivar a esa mujer a decirme esas palabras hirientes u ofensivas. A veces, el amor me ayuda a entender el comportamiento de la otra persona. A veces el amor exige ir y hablar del asunto, e incluso confrontar a la otra persona.

Debo decirte que muchas veces, cuando he esperado antes de actuar o responder, he podido dar a alguien el beneficio de

la duda. Por ejemplo, puede que me entere que la mujer que me ofendió pasaba por un momento difícil en su casa, y que debo recordarla en oración. En otras ocasiones, esperar me ha dado tiempo para recordar que no soy responsable de los actos de los demás, ¡pero sí completamente responsable de los míos!

Y esperar te da control. ¿Has oído eso de contar hasta diez? Pues bien ¡eso ayuda! Te da tiempo para mirar a Dios y echar mano de su fruto del Espíritu que es “dominio propio”, así como “amor, alegría, paz, paciencia, gentileza, bondad, fidelidad [y] humildad” en abundancia (Gá. 5:22-23).

Esperar también te da tiempo para vestirte “con la belleza interior, la que no se desvanece, la belleza de un espíritu tierno y sereno, que es tan precioso a los ojos de Dios” (1 P. 3:4). *Tierno* significa que no provoca a otros, en tanto que *sereno* significa que no responde a las provocaciones de otros.

Esperar te da el tiempo que necesitas para ser la mujer sabia que “piensa bien *antes* de hablar” y estudia *lo que* va a decir (Pr. 15:28).

Esperar te da tiempo para respirar hondo, tanto en tus pulmones como en tu alma, para poder responder como la mujer de Proverbios 31: “cuando habla, sus palabras son sabias, y da órdenes con bondad” (v. 26).

Me gusta esta broma (que no pretendía serlo) que señala el valor de la espera antes de reaccionar: “Siempre deja para mañana lo que nunca deberías hacer”.⁴ En otras palabras, esperar y posponer elecciones, acciones, y reacciones malas, te puede librar de hacer algo que nunca deberías hacer, en absoluto.

¿Te preguntas cuánto tiempo tienes que esperar? Vuelvo y digo, que si la casa se está incendiando, ¡no esperes demasiado! (Hago referencia al incendio porque mi esposo y yo hemos tenido esa experiencia). Si tienes que llamar al número de emergencias, haz una pausa mental mientras buscas el teléfono, para determinar cuál *debería* ser tu primera acción,

pensar en Dios y en su presencia y cuidado de ti, y esperar en Él para recibir su calma y dirección.

También puedo decirte que en algunos casos he esperado un día, una semana, un mes, e incluso un año o más antes de saber cuál era el modo de proceder o la forma correcta de manejar una situación difícil. Puede ser que en ocasiones también necesites esperar mucho. Y mientras esperas, y gracias a tu espera, tienes tiempo para dedicarte a la Palabra de Dios y oír su instrucción. Y puedes gozar de un tiempo hermoso y reconfortante cuando esperas en Dios en oración, confiando tu situación en sus manos.

Paso 3: Escudriña las Escrituras

Parafraseando a Sócrates: “El hombre más sabio es el que conoce su propia ignorancia”. Tomemos como punto de partida nuestra ignorancia. No sé cuántas veces habrás leído la Biblia o asistido a clases de estudio bíblico, o cuántos cursos bíblicos habrás completado. Aun así, cuando tienes un problema o un apuro, es preciso acudir a las Escrituras con una mente abierta para descubrir lo que Dios dice al respecto.

Consulta siempre a Dios primero, y resiste la tentación de acudir a tu mejor amiga o a tu hermana, o de llamar por teléfono a tu mamá. Lo que necesitas es el consejo divino y su perspectiva y dirección, no las opiniones ni la compasión de tus amigas o de alguien de confianza que te acompañe por su cercanía o vínculo emocional o familiar. Lo que buscas no es compasión. Lo que buscas no es una amiga que te diga “sí” a todo. No buscas a alguien que te apoye incondicionalmente. No buscas comodidad. Y ciertamente no buscas la *reacción* de alguien.

Lo que tú buscas y necesitas es el consejo de Dios claro, directo, franco, perfecto y *correcto*, porque tu meta es tomar la decisión *correcta*. Así describió el salmista la Palabra de Dios: “Las enseñanzas del Señor son perfectas... confiables... Los

mandamientos del Señor son rectos” (Sal. 19:7-8). No puedes equivocarte cuando escudriñas las Escrituras.

Obviamente, en caso de una tragedia desearás que tu familia y tus amigos sepan de inmediato lo sucedido. Y tú sin duda desearás y necesitarás sus oraciones, y muy probablemente su presencia y su ayuda. Sin embargo, para los desafíos diarios (ay, ay, ay, mi hijo necesita corrección... ¡otra vez!) los desconciertos (¿qué está pasando?) o los incidentes dolorosos (¿cómo se le ocurrió decirme eso, o decir eso de mí?) que debes manejar, acude a Dios. Busca su Palabra. ¡Y cuanto más pronto, mejor!

Paso 4: Ora

Primer paso, detente. Hecho.

Siguiente paso, espera. Es difícil, pero está bien. ¡Hecho!

Siguiente paso, escudriña las Escrituras. ¡Hecho! Tal vez ya te sientas mejor.

Y ahora ha llegado el momento de orar.

(Exhala, ¡qué alivio!) Sea lo que sea que te haya llevado por este camino de “Siete pasos de sabiduría” fue muy probablemente un suceso confuso, doloroso o exasperante... o todos los anteriores. Y los pasos que has tomado han llevado tu mente y tu espíritu a un lugar más tranquilo. No puedes evitar calmarte cuando te has detenido, has esperado y has pasado tiempo en la Palabra de Dios. Todas estas *acciones* te han llevado a un estado de quietud, reposo e inactividad. Te han ayudado a poner en orden tus emociones, han neutralizado tus sentimientos.

Y la decisión de buscar a Dios en oración te lleva a seguir el mandato de Dios cuando dice: “¡Quédense quietos y sepan que yo soy Dios!” (Sal. 46:10). O, como lo expresan otras versiones de este versículo: “¡Ríndanse!”, y “Estén quietos”.⁵

En otras palabras, Dios te llama a dejar a un lado todos tus afanes, tus preocupaciones, ansiedades, y reacciones de enojo,

a dejarlo todo. Es hora de quitar los ojos de ti misma y de tus problemas y de volverte y mirar a Dios.

Cuando necesites sabiduría y dirección, ora. Busca a Dios con un corazón humilde, abierto, sediento, un corazón que *sabe* que necesita ayuda y *desea* recibirla, un corazón que confía en Dios y que está dispuesto a *obedecer* sus instrucciones.

Cada vez que sobreviene una crisis en tu día, ¡y eso ocurrirá!, y que tu día empieza a desenvolverse, tienes que tomar algunas decisiones. Tienes que enfrentar la crisis, o la decisión, la confrontación, la emergencia. He descubierto una serie de preguntas que me planteo (por lo general, cuando oro a Dios). Cuando elevo mi clamor para recibir su ayuda, empiezan a surgir respuestas que arrojan luz sobre la confusión y me señalan una solución. Empiezan a revelarme cuál es la mejor decisión.

¿Por qué hago esto? (lo que alguien me pide hacer o lo que necesito hacer)

¿Por qué no lo hago?

¿Por qué debería hacerlo?

¿Por qué debería abstenerme de hacerlo?

Las dos primeras preguntas sacan a la luz mis motivos, tanto buenos como malos. Y las dos últimas revelan mis convicciones basadas en la Biblia. Sé que puede sonar simplista. Y reconozco que puede parecer difuso o de poca utilidad. ¡Pero puedo decir que funciona!

Por ejemplo, digamos que estás desarrollando tu jornada bien programada. Tu teléfono suena y es una amiga que te pregunta si quieres que almuercen juntas, si quieres reunir a los niños y encontrarse en la piscina. ¿Qué haces? Formúlate rápidamente estas preguntas. Tal vez la respuesta aparezca tan pronto meditas en ellas. O quizás lo único que necesites sea responder la llamada a tu amiga en cinco minutos, o quince, o una hora.

También tengo una última pregunta determinante: “Señor, ¿cuál es la decisión correcta?”.

Lo ideal es que tu objetivo sea permanecer en comunión constante con Dios en tu mente y en tu corazón mientras transcurren los minutos, los desafíos, los días. Este era el recordatorio de uno de mis pastores para su congregación: “Cada vez que Dios te permite respirar, debes exhalar el aire en oración”. Luego, cuando ocurre la crisis, ya estás sintonizada con Dios y puedes empezar inmediatamente a comentársela y a pedir su dirección.

Suena grandioso, ¿no te parece? Como he dicho, esto es lo ideal. Pero lo opuesto es lo que sucede por regla general. Lo sé porque soy una persona que “mete la pata” en su andar con Dios, se vuelve egoísta, descuidada, y distraída. Aparto mis ojos de Dios y olvido permanecer en contacto con Él. Olvido caminar con Él. O me desvío del camino que es hacer las cosas a su manera. Y luego, cuando sobreviene la crisis (y *vendrá* con toda seguridad) y empieza a transcurrir mi día, todo me toma desprevenida y no estoy en sintonía con Dios.

¿Cuál es la solución? ¡Arregla tus asuntos con Dios lo más pronto posible! Confiesa tu pecado. Reconócelo. Apártate de tus pensamientos, comportamientos y actitudes que están por debajo del nivel de perfección y vuelve a sintonizarte con Dios. Entonces, y solo *entonces*, podrás empezar a relacionarte con Él por medio de la oración, tanto si estás enfrentando una crisis de vida o muerte (ya sabes, un incendio en la casa), como si puedes en efecto detenerte y sentarte, inclinarte o arrodillarte delante de tu Padre que está en el cielo y orar. Como reza el dicho sobre las crisis: “Cuando tu mundo se desmorone, ponte de rodillas”.⁶

Paso 5: Busca consejo

Plauto, el dramaturgo romano el siglo II, señaló: “Ningún hombre es lo bastante sabio por sí mismo”. O, como afirma la Biblia: “Los necios creen que su propio camino es el correcto”

(Pr. 12:15). Por eso necesitamos seguir este nuevo paso que es crucial para tomar buenas decisiones: buscar consejo. Por supuesto, antes de que Plauto declarara esta verdad, Dios ya la había afirmado muchas veces. En el libro de Proverbios leemos que “los planes fracasan por falta de consejo; muchos consejeros traen éxito”, y “sin liderazgo sabio, la nación se hunde; la seguridad está en tener muchos consejeros”. También dice que “con buenos consejos los planes tienen éxito; no entres en guerra sin consejos sabios” (Pr. 15:22; 11:14; 20:18).

He contado con la gran bendición de rodearme de muchas ancianas que verdaderamente creen en la Biblia, la clase de mujer descrita en Tito 2:3-5. Y créeme, por medio de mi correspondencia y de mi ministerio a las mujeres alrededor del mundo, sé que es algo inusual. Lo que me preguntan con mayor frecuencia es: “Quiero crecer, y sé que necesito ayuda, pero ¿dónde están las ancianas?”. Doy gracias a Dios por las mujeres experimentadas de mi iglesia que han obedecido el mandato de Dios y se han puesto a disposición mía y de otras mujeres que anhelaban consejo, dirección, aliento, y una amiga comprometida que orara por ellas.

Y, con el tiempo, yo crecí y maduré, y dediqué mi ministerio a enseñar la Biblia a las mujeres para que sus vidas sean transformadas. Con el tiempo, me llegó el turno de transmitir lo que había aprendido. Y estos siete pasos son parte de esas lecciones invaluables.

Paso 6: Toma una decisión

Recapitulemos un poco: tienes un problema o un asunto que atender. Esperemos que te hayas detenido. Sin estallidos ni meteduras de pata. Sin exclamaciones ni gritos (a menos que la casa esté en llamas). A nadie has herido verbal ni físicamente... todo gracias a que te detuviste.

Luego, lo ideal es que también hayas esperado. Quizá ne-

cesitabas apaciguar tus emociones, y lo hiciste. Tal vez necesitabas respirar hondo e incluso alejarte del lugar de los hechos. Puede que incluso hayas tenido que ir a tu habitación o alejarte de la situación, como yo lo he hecho tantas veces para calmarme y pensar en lo que sucede o cómo debo actuar.

Y mientras esperabas, ganaste tiempo para buscar en las Escrituras el consejo y la mente del Señor. Me anima saber que, como dice la Biblia, “no hay nada realmente nuevo bajo el sol” (Ec. 1:9). ¡Eso significa que lo que vivo ahora, millones de personas lo han experimentado antes! Significa que lo que sufro ahora ya lo han sufrido millones de mujeres, esposas, madres, hijas, empleadas, vecinas, y demás mujeres.

El trabajo de Dios consiste en darte su consejo (y lo ha hecho perfecta y totalmente). Lo único que tienes que hacer es buscártolo y encontrarlo. Ese es tu trabajo.

Y has orado. No puedo evitar pensar en la oración o mencionarla sin exhalar un ¡uf! de alivio. La oración alivia la tensión y las emociones. Relaja físicamente. Es dejar a un lado todo lo que es mundano, toda carga, y toda inquietud para enfocarnos en una sola cosa: nuestro Padre celestial. Me encantan estos cuatro primeros pasos porque llaman a la quietud. Son pasos calmados. Y solo tú los puedes tomar. Aquietan tu corazón, tu mente y tu cuerpo. Te ponen en perspectiva. Después de dar estos pasos, tu decisión se basará en la sabiduría, no en las emociones. Entonces podrás confirmar tu elección o decisión con la sabiduría de los consejeros sabios. Ellos te darán luz sobre tu decisión. Y aunque pueden ayudarte, en última instancia eres tú quien decide, ¡es tuya la elección!

Paso 7: Actúa conforme a tu decisión

Llegó el momento de actuar. (Esto no significa que no tengas que hacer correcciones o cambios a lo largo del proceso). Para poner por obra tu decisión, prepara un plan. ¿Qué vas a

decir? ¿Cómo vas a actuar? ¿Cuál será tu primer paso? ¿Necesitas ensayar? Como un general que marcha hacia la guerra, tú avanza y ejecutas tu plan. El *general* Dwight D. Eisenhower, el cual llegó a ser *presidente*, dirigió las fuerzas armadas de los Estados Unidos y gobernó el país con este lema: “El plan lo es todo”.⁷ Traza un buen plan (que abarque los pasos 1 al 6). Luego, por la fe, ejecútalo (Paso 7). Sé valiente y confiada. ¿Por qué? Porque ya has hecho el trabajo. Te has movido, con cuidado y ordenadamente, hacia la resolución de un problema, una dificultad, o una decisión que podría cambiar el rumbo de tu vida.

Es tu decisión

Amiga mía, ¡no te imaginas cuánto me han servido estos siete pasos! Como bien sabes, cada día está repleto de asuntos por resolver, desafíos por conquistar, problemas por solucionar, personas a las que manejar, y tiempo que administrar. Puede que a lo largo de este capítulo hayas pensado: *¡No tengo tiempo para detenerme y observar todos esos pasos! ¡Tengo una familia, una carrera, un ministerio, y una vida que vivir!* Sin embargo, amiga mía, no puedes darte ese lujo. Sin estos pasos o algo parecido, terminarás tomando decisiones incorrectas, lo cual conllevará a más retrocesos, repeticiones, tropiezos, disculpas, reparación de daños, y a sumirte en la pena y el remordimiento. Lo sé por experiencia. Así pues, reconsidera tu actitud. Haz algunos cambios, toma algunas decisiones. Si dedicas un poco de tiempo a meditarlas en oración, podrás tomar mejores decisiones.

¿Qué harás?
¡Es tu decisión!

Pautas de Dios para tomar buenas decisiones

Las pautas siguientes te ayudarán a avanzar en tu día, confiada en que buscas tomar buenas decisiones.

- ~ *Elige siempre hacer lo correcto.* “Recuerden que es pecado saber lo que se debe hacer y luego no hacerlo” (Stg. 4:17).
- ~ *Consulta tu Biblia antes de tomar decisiones.* “Tu palabra es una lámpara que guía mis pies y una luz para mi camino” (Sal. 119:105).
- ~ *No tomes decisiones sin antes orar.* “No se preoculen por nada; en cambio, oren por todo. Díganle a Dios lo que necesitan y denle gracias por todo lo que él ha hecho” (Fil. 4:6).
- ~ *Busca consejo antes de tomar decisiones.* “Los planes fracasan por falta de consejo; muchos consejeros traen éxito” (Pr. 15:22).
- ~ *Cree que Dios tiene lo mejor para ti.* “Así que si ustedes, gente pecadora, saben dar buenos regalos a sus hijos, cuánto más su Padre celestial dará buenos regalos a quienes le pidan” (Mt. 7:11).